

# Los teatristas: Luis A. Baralt

Por Mario Parajón



**I**bamos al Havana Yacht Club, generalmente al mediodía, pero alguna vez por la tarde. Era distinta una hora de la otra. A partir de las tres o las cuatro, el agua empezaba a ponerse tibia; y cuando el sol declinaba sólo un poco, entonces todo se suavizaba y la gente, que en horas de la mañana remaba, iba y venía en los barcos de vela, hablaba en voz alta e improvisaba en los puentes, sobre todo en el de la derecha, reuniones multitudinarias; cambiaba completamente de aspecto. El trópico, de pronto, parecía, simulaba un lugar costero de clima cálido. En los rostros de las mujeres se pintaba una expresión como de secreta malicia. Los hombres se agarraban a las sogas en lo que llamábamos "la punta", y allí tenían lugar conversaciones interminables.

Vi a Baralt la primera vez que lo tuve cerca agarrado a una de aquellas sogas. No era alto, pero sí de suficiente estatura; ojos claros, pelo completamente blanco yo diría que de nacimiento, de tal manera parecía ser constitutivo de su personalidad. Parecía un hombre alegre, animoso, buen conversador, siempre correcto como antiguo alumno de Harvard y de voz muy agradable con remoto acento de inglés clásico.

Yo recordaba dos encuentros anteriores, uno a cierta distancia y el otro cercano. El primero junto a una piscina y el siguiente en un tranvía.

Se preparaba en el parque Martí una fiesta organizada por el Lyceum Lawn Tennis Club, la sociedad femenina a la que dedicó mi madre tantas horas de su vida. Parte del espectáculo tenía lugar en la piscina y consistía en números acuáticos donde cruzaban las muchachas en barcas, componían estampas, había luces de colores y esa mezcla de movimiento acompasado y pausa larga que le confiere dignidad y apacible belleza al conjunto.

Como siempre ocurre en los ensayos generales, la atmósfera era de nervios tensos y

tímida, ingenua, de una extraña energía, mezcla de apariencia brusca y autoritaria, con excelente humor y un abismo de humildad en el fondo de su persona. Era arquitecta y mecanógrafa. Los músculos del rostro se le concertaban para organizar una retirada veloz en el momento en que se reía, dejando ver su pureza, que lo era absoluta.

Aquella tarde Lilliam estaba contenta, pues tenía bajo su mando a la docena y media de jóvenes criaturas que hacían lo que ella ordenaba sin pedirle explicaciones. Y a su lado, en medio de aquel mujerío, iba y venía don Luis Alejandro Baralt, igual que lo vería después a lo largo de la vida, ya que ostentó siempre la calidad de un joven de vejez prematura y la de un viejo de juventud conservada. En la piscina, junto a su mujer y al coro entusiasta de las muchachas actrices, yo no sabía aún quién era y por qué le dijo a mi madre una frase que me repitió más tarde entre sus amigas con regocijo malicioso:

--Mamá ;quién es el viejito ese que anda detrás de Lilliam?

El viejito aquel tan pulcro, de un perfil tan admirablemente dibujado por el Altísimo, de piel rosada y ademán varonil tan distinto al de la mayoría de los cubanos, era el fundador del teatro La Cueva, el autor de Junto al Río y de La Luna en el Pantano, alguien cuya manera de creer en sí mismo, me hizo pensar bastantes años después.

Cuando trabajé con él, presencié su manera de dirigir tres obras, supe lo que decían de él algunos de sus amigos íntimos y tuvimos trato personal, se me presentó la ocasión de reflexionar en el arte poseído por Baralt para estimarse y a la vez perder la ilusión con respecto a su talento, alternando en su interior ambos movimientos. Era la suya una modestia distinguida, un orgullo digno y humilde, una ventana que él permitía se cerrara y abriera

aquel encuentro en la piscina del Parque Martí, pasaron meses o tal vez más de un año antes de que una mañana tomara yo un tranvía en la calle 23. Allí me lo encontré, sentado, con un periódico en la mano. Sin duda que parecía un tipo digno de ser pintado, pues en todos los recuerdos que guardo suyos se me aparece como dotado de una peculiar plasticidad y de inmediato lo asoció a los retratos de la pintura romántica. Me senté a su lado, me identifiqué, pareció gustarle el encuentro y habló un rato conmigo lleno de animación. Aquel segundo Baralt me proyectó un cierto desencuentro suyo con su imagen. Me dijo que estaba entregado a la Sociedad de Autores y que eso le llevaba mucho trabajo. Ya yo sabía que era director de escena y autor, por lo cual, pensando en aquella conversación a lo largo del tiempo, concluí que había etapas en su vida en que perdía la brújula de su proyecto o éste se le opacaba de alguna manera. Eso sí es algo que se halla en lo más profundo del ser cubano.

Pero volvamos al Havana Yacht Club. El día que nos vimos frente a frente en la playa, había pasado mucho tiempo desde la tarde que se me presentó rodeado de muchachas y la mañana en que hizo su aparición en el fondo amarillo de un asiento de tranvía. Ya yo había leído *La Luna en el Pantano* y ya me preparaba para matricularme en el Teatro Universitario que dirigía él a partir de 1947.

El diálogo fue interesante, muy referido al teatro. Me contó que *La Luna en el Pantano* la escribió luego de una experiencia en una casa de huéspedes habanera.

--;Pero usted no piensa que hay un tremendo salto estilístico entre los dos primeros actos y el tercero? El primero y el segundo son realistas. Usted observa al detalle todo lo que ocurre en la dichosa casa. La gente juega a las cartas y casi es posible decir que vive para eso.